

**Bicchi, Federica, *European Policy Making toward the Mediterranean*. Basingstoke, Palgrave, 2007, 288 pp.**

Por Javier Lion Bustillo  
(Universidad de Cádiz)

La política europea hacia el Mediterráneo constituye quizá el mejor ejemplo, con sus virtudes y defectos, de la dimensión exterior de la UE. Por un lado, es preciso destacar cómo, desde sus modestos orígenes, se ha ido configurando una política mucho más vigorosa y coherente, capaz de articular consensos sobre determinados aspectos, en los que la UE se expresa con una sola voz. Por otro, el Mediterráneo es también un área de interés prioritario para diversos Estados europeos, los cuales prefieren mantener ciertas dimensiones de sus relaciones con la zona en un plano estrictamente bilateral, evitando que su tratamiento a escala europea les reste autonomía de acción y perjudique sus intereses. Y, por último, existe también una tensión entre quienes desean que el Mediterráneo concentre la atención europea y quienes lo consideran un espacio secundario para sus objetivos, prefiriendo que los esfuerzos de la UE se dirijan preferentemente hacia otros escenarios.

Sin embargo, no deja de resultar llamativo el hecho de que la política de la UE hacia el Mediterráneo haya carecido de una continuidad lineal. Por el contrario, destaca la existencia de algunas fases de especial impulso, seguidas posteriormente de otras en las que la situación tiende al estancamiento, o incluso al retroceso, dando al traste con anteriores avances. La finalidad del libro de la profesora Bicchi consiste precisamente en buscar una explicación a este contraste entre las etapas de intenso activismo con otras de bloqueo, centrándose en las condiciones que han permitido históricamente el surgimiento de esas nuevas iniciativas que han impulsado la política mediterránea. En este sentido, la autora identifica dos grandes etapas de avance. La primera de ellas se sitúa en los años 70, con el surgimiento de la propia Cooperación Política Europea, momento en el cual el espacio mediterráneo se convierte en una fuente de inseguridad para los europeos con acontecimientos como la Guerra del Yom Kippur, los atentados terroristas a cargo de grupos insurgentes y de servicios de seguridad estatales, o las tensiones entre las dos superpotencias. En este contexto de

incertidumbre, Francia se convierte en el agente impulsor (entrepreneur) que conduce a la “invención” del Mediterráneo, es decir, a definir un área geográfica como zona de cooperación que agrupa a una serie de Estados en sus riberas septentrional y meridional, lo que supone un cambio ideológico que acentúa la idea de comunidad de intereses entre ambas orillas.

La respuesta europea fue de carácter político (con el denominado “Diálogo Euroárabe”, que aportó pocos resultados) y sobre todo de tipo económico, tratando de extender a los países de la zona el sistema de preferencias comerciales mediante acuerdos de cooperación, que debían permitir reforzar la interrelación económica, si bien las concesiones realizadas en agricultura fueron escasas, al tiempo que los países árabes desconfiaban de abrir sus mercados. Sin embargo, el aspecto más negativo fue el bloqueo de estos avances en un clima de creciente tensión en la zona, en el que el incremento de la hostilidad en la Guerra Fría no hizo sino agudizar más las ya de por sí graves tensiones regionales (Guerra del Líbano e invasión israelí, Guerra Irán-Irak, expansión del fundamentalismo...). En este entorno, cualquier avance que buscara la integración regional resultaba condenado al fracaso.

El segundo gran impulso a la política mediterránea tuvo lugar a comienzos de la década de los 90, coincidiendo con un marco de incertidumbre derivado del fin de la Guerra Fría y la conciencia de que nuevos problemas de seguridad iban surgiendo, los cuales tenían poco que ver con la tradicional amenaza a la integridad de los Estados, considerada hasta entonces como el eje de las políticas de seguridad. En un nuevo entorno de poder unipolar, el Mediterráneo seguía siendo un foco de inestabilidad, con capacidad para originar externalidades negativas que afectaban directamente a la UE, siendo una frontera vulnerable debido a fenómenos como la migración irregular, el islamismo violento o el fuerte descontento social en los vecinos del Sur. La respuesta europea fue en este caso liderada por España, que basó su propia imagen como Estado en la definición de una identidad mixta, europea y mediterránea, visión que trasladó al marco comunitario con evidente éxito, logrando el apoyo de socios como Francia o la Comisión Europea. La marginación europea con respecto al proceso de paz en Oriente Medio condicionó el desarrollo de esta iniciativa, ya que ello condujo a que la UE se centrara en la

construcción de una Región Mediterránea (superando la tendencia bilateralista) y en el nacimiento de un área de libre comercio regional, con el objetivo neofuncionalista de ir creando intereses comunes que pudieran dar lugar, a largo plazo, a una superación de los conflictos. Esta óptica se complementaba asimismo con una visión constructivista, basada en que la extensión e institucionalización del diálogo político conduciría a una aproximación ideológica. En definitiva, se trataba de exportar distintos elementos característicos del proceso de construcción europea a la frontera meridional de la UE, externalizando prácticas, ideas, normas y principios, tal como se reflejó en la Declaración de Barcelona que dio origen a la Asociación Euromediterránea.

No obstante, esa etapa de gran activismo llegó a su fin en la segunda mitad de los 90, cuando el proceso de paz en Oriente Próximo dio claros síntomas de estancamiento. Este hecho resultó decisivo, por cuanto las tensiones derivadas del mismo hacían inviables los avances a escala regional. Por otra parte, la propia agenda del proceso sólo resultaba parcialmente atractiva para los socios mediterráneos, los cuales deseaban un incremento de la cooperación económica con la UE, pero evitando otras dimensiones como la democratización o los derechos humanos, de manera que preferían sustituir un marco global demasiado ambicioso por otro limitado a aquellas esferas de su interés. En definitiva, en los últimos años se ha asistido a un bloqueo del proceso de Barcelona y a la progresiva erosión de algunos de sus aspectos básicos.

La profesora Bicchi nos aporta unas valiosas conclusiones sobre las condiciones que permitieron los mayores avances en la política mediterránea. En primer lugar, tuvieron lugar en etapas de inestabilidad en cuanto a las preferencias a nivel nacional, dentro de un contexto de incertidumbre internacional (cognitive uncertainty) en el que parecía necesario buscar nuevas respuestas. Una segunda condición es la existencia de un líder (entrepreneur) que encabece los cambios (Francia en los años 70 y España en los 90), pero no mediante la imposición de su poder, sino implicando a los demás actores y mostrando flexibilidad en la aceptación de las sugerencias de éstos. Por último, es precisa una fuerte interacción entre los Estados miembros y las instituciones de la UE, de manera que sean capaces de dar forma a una visión común de los

nuevos desafíos, adoptando las medidas necesarias para afrontarlos. En este contexto, la autora no considera que las fluctuaciones en las condiciones materiales hayan tenido un gran peso en la evolución de la política europea hacia el Mediterráneo, sino que más bien los cambios acaecidos responden al dinamismo en el terreno de las ideas que afectaría en ocasiones a los distintos Estados europeos, los cuales buscarían nuevas respuestas a entornos complejos. La construcción ideológica de una Región Mediterránea constituye sin duda el producto de esos procesos, llegando a calar profundamente en la visión de muchos ciudadanos de la ribera meridional. Pero el problema actual consistiría en cómo seguir llenando de contenido una iniciativa que ha tendido a quedar desdibujada con la Política Europea de Vecindad y su fuerte componente bilateralista. Y si queremos tener éxito en ello, el análisis de Federica Bicchi constituye un precioso instrumento para comprender qué mecanismos son los más adecuados para avanzar en el terreno de las relaciones con nuestros vecinos mediterráneos.

**Del Arco Blanco, Miguel Ángel; Quiroga Fernández de Soto, Alejandro, *Soldados de Dios y apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras. Granada, Comares, 2010.***

Por Claudio Hernández Burgos  
(Universidad de Granada)

Probablemente, el periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, comprende los años más convulsos de todo el siglo XX. A lo largo de estas tres intensas décadas se produjeron acontecimientos y cambios radicales que marcarían el devenir histórico del mundo decisivamente. La Gran Guerra transformó profundamente la mentalidad y las percepciones de millones de personas, hizo añicos el orden social y cultural existente y marcó de por vida al numeroso contingente de combatientes que había participado en la contienda. Durante su desarrollo se produjo el triunfo de la Revolución Rusa, que alimentaría las esperanzas de las clases más humildes y haría saltar las alarmas de los sectores dominantes, temerosos de que los ensayos revolucionarios se extendiesen como una mancha por el continente europeo. El final de la contienda vio nacer el fenómeno fascista, primero en Italia y luego en otras naciones del viejo continente. Con su retórica movilizadora, sus exhibiciones estéticas, su apelación al